

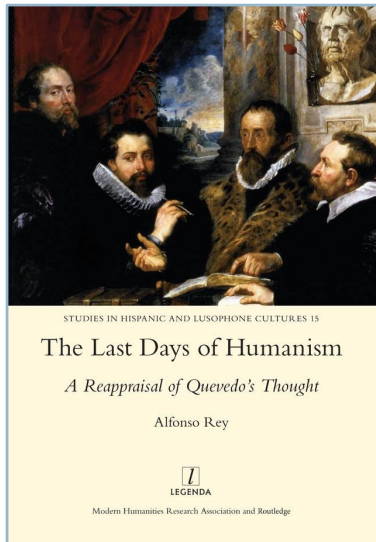
REY, Alfonso, *The Last Days of Humanism: A Reappraisal of Quevedo's Thought*, Cambridge-Leeds, Legenda, 2015. ISBN: 978-1909662810. 226 págs.

ALONSO VELOSO, María José, ed., *Quevedo en su contexto europeo: política y religión; traducciones y textos burlescos*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2017. ISBN: 978-84-16187-59-1. 228 págs.

Adrián J. SÁEZ

Université de Neuchâtel (Suiza)

adrian.saez@unine.ch



Decía Stefan Zweig en su autobiografía *El mundo de ayer: memorias de un europeo* (*Die Welt von Gestern: Erinnerungen des Europäers*, 1942) que solo el torrente de acontecimientos volcánicos que sacudieron su tiempo le dio coraje para ponerle palabras a su época, como testigo privilegiado y a su pesar. En su día y a su manera, también Quevedo dio prueba escrita de su interés por los hechos de su entorno, mucho más allá de su entorno más inmediato. Justamente a sus relaciones con Europa se dedican *The Last Days of Humanism* de Alfonso Rey y *Quevedo en su contexto europeo* de María José Alonso Veloso.

Esta pareja de libros toma el testigo de *Italia en la obra de Quevedo: «Roma antigua y moderna»* (Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2013) a cura de Alonso Veloso y Rey, y hace pareja con la serie de las *Obras completas en prosa* (Madrid, Castalia, desde 2003-2004) y las dos ediciones de la poesía amorosa (ed. A. Rey y M.^a J. Alonso Veloso, Pamplona, Eunsa, 2011 y 2013), que derivan de proyectos en marcha. Son, sin duda, excelentes frutos que fundamentan los dos trabajos que se presentan en esta ocasión y que, por de pronto, poseen respectivamente una perspectiva panorámica y una visión de conjunto que siempre busca explicar a Quevedo en su contexto natural: Europa.

La monografía de Alfonso Rey es cristalina desde el título, puesto que revela de antemano sus coordenadas esenciales: la situación de Quevedo en los últimos

días del humanismo, que viene a ser el contexto en el que se entienden los intentos del poeta por explicar y explicarse el hombre y la historia dentro de los limitados parámetros de su tiempo. Una condición que es a un tiempo acicate y frontera para la creación. Justamente este pensamiento, caprichoso, desordenado y hasta incoherente a veces como en todos los grandes genios (valga Borges como ejemplo) completa los brillantes chispazos de Quevedo con la lengua y la literatura de su tiempo. En este camino de ida y vuelta, hay dos parámetros básicos: como hombre de su tiempo, Quevedo vive en primera línea las contradicciones propias de un momento de transición entre paradigmas, a la vez que la relación de su obra con su vida no puede valer como única clave de interpretación. Más bien todo lo contrario, porque «Quevedo was essentially a man of ideas who analyzed reality from the perspective of books and doctrines, and who, in writing literature, always bore in mind the literature of other writers» (págs. 3-4).

Con estos prolegómenos, el estudio de Rey acomete en doce tandas el estudio de otras tantas facetas de Quevedo (el propósito de la literatura, el neoestoicismo, la sátira lucianesca, la comicidad, el entorno natural, las ideas sobre el estado, la nobleza, la guerra, las crónicas contemporáneas, la relación con el espejo de Petrarca, el neoplatonismo erótico y la recepción). Según puede verse, se descarta de inicio la aproximación cronológica para dar una mirada sistemática tema a tema, y, así, desgarnar algunos de los ingredientes que laten en el corazón de su caleidoscópica obra. Apenas se pueden repasar algunos, pero valgan unos pocos retazos para hacerse una idea cabal de este libro fundamental desde ya, que aprovecha conceptos muy pintiparados, trata de abrir nuevas puertas y fomentar el diálogo al presentarse escrito en inglés: para empezar, quizá la complejidad de Quevedo arranque de la variedad de su escritura, que se diferencia de otros ingenios por abrazar tanto la ficción como la tratadística, así como por ser un testigo privilegiado de los cambios continuos de la época; además, en el conflicto entre el escepticismo y el optimismo tiene un lugar de honor la duda y la ironía de raigambre lucianesca, que refleja el difícil equilibrio entre la exigencia moral y la necesidad real; pero es que las contradicciones, hijas de la duda y las evoluciones personales, paradójicamente son parte de la coherencia; a su vez, la comicidad con toda su potencia y sus variantes no se puede desgajar de la polifacética obra quevediana, que tiene mucho de política, pero tampoco hay que perder de vista la distorsión que los comentarios, las críticas y las opiniones han generado en la imagen de Quevedo, convertido en símbolo de toda suerte de ideas y hasta en personaje popular, etc., etc. Puede parecer un vodevil de asuntos, ideas y temas, pero el ensayo de Rey —y especialmente la visión unitaria

de las conclusiones— logra poner orden, entre lo *dolce* y lo *utile*, a Quevedo, ese hombre de las mil caras: no es una biografía al uso, sino acaso una biografía intelectual o una «visita y anatomía de la cabeza de Quevedo», que diría el otro.

Otra suerte de mirada panorámica se ofrece en la miscelánea *Quevedo en su contexto europeo*, que da a la luz un valioso conjunto de estudios. Amén de toma de contacto, la introducción de Alonso Veloso vale como explicación programática del libro, ya que explica el lugar y el sentido del estudio de un Quevedo europeo de acuerdo con tres rasgos fundamentales: si se interesaba grandemente por el panorama internacional, dialogaba con todas las corrientes del humanismo europeo habidas y por haber, y gozaba de una notable recepción de puertas afuera, cae por tierra el tópico de la españolidad del poeta y solo se puede entender en un cuadro mayor. Con estas premisas, este asedio colectivo se divide en cuatro secciones, dedicadas respectivamente al contexto cultural del pensamiento de Quevedo, las traducciones europeas, la transmisión y atribución de textos burlescos, y una coda epistolar.

Abre fuego Alfonso Rey con un ensayo que es mucho más que una revisión de la postura de Quevedo ante el ateísmo, pues en realidad ofrece una nueva mirada a su faceta escolástica y teológica, que se ha visto un tanto ensombrecida frente a su cara neostoica. Y es que, si bien Quevedo no poseía una formación potente en este sentido, estaba al tanto de los debates intelectuales del momento, echaba su cuarto a espadas cuando se le antojaba y tenía en mucho las labores exegéticas de textos bíblicos y patrísticos, al punto que en su ciclo *de senectute* parece querer «completar su visión del hombre y explicarse a sí mismo el sentido de la existencia», para lo que trata de sistematizar su pensamiento religioso (pág. 29). Al igual que muestra en el libro ya comentado, estas ideas se encuentran espolvoreadas aquí y allá, pero al margen de sus poesías sacras (*Heráclito cristiano*, las *Lágrimas de un penitente* y el *Poema heroico a Cristo resucitado*), interesa un manojito de prosas que, de *La primera y más disimulada persecución* (1619) a *La caída para levantarse* (1644), conforman «una inquieta biografía intelectual» (pág. 30). Entre otros muchos detalles que valen su peso en oro, Rey define el pensamiento religioso de Quevedo como un ambicioso esfuerzo por «ser un humanista [...] sin dejar de ser un metafísico» (págs. 32 y 42), en el que brilla la preocupación fundamental por la relación entre razón y fe, y la variedad de géneros tocados (de la ficción al sermón), que explican tanto el mérito como las limitaciones de sus acercamientos.

Prosigue Enrique Moreno Castillo con otro contexto capital para Quevedo, como es el universo intertextual. Más precisamente, se reflexiona sobre los guiños

que funcionan como clave exegética, esto es, los enigmas que apuntan a la biblioteca del lector para poder ser descifrados en un juego de erudición. De este modo, con un racimo de cinco ejemplos sacados del «Sermón estoico», las silvas «A la soberbia» y «A una mina», y los sonetos «A una iglesia muy pobre y oscura, con una lámpara de barro» y «A la limosna y su poder con Dios», el sentido literal únicamente se entiende a partir del contexto literario. A su vez, Hilaire Kallendorf propone una nueva y atrevida revisión de *Virtud militante*, tratado normalmente tenido por la perfección de la ortodoxia quevediana pero que, por la síntesis de fuentes paganas y cristianas, parece mantener una cierta ambigüedad moral que subvierte el mensaje moral del tratado y hasta parece aproximarlos a Erasmo. Así pues, se pretende mostrar que hay otro mensaje entre líneas, una suerte de «residuo» que concede un carácter móvil al texto y que básicamente consiste en tratar de ir más allá de la superficie para entender a nueva luz el casuismo y las paradojas del texto, pese a que —confiesa— se trata de una interpretación que solo puede «leerse con rayos X» (pág. 78). Original y todo, el ensayo se mueve entre polos opuestos, ya que presenta *Virtud militante* a la vez como incoherente y algo heterodoxa, pero no disidente: parece mucho decir.

Situado a medio camino entre dos secciones, el repaso general de la fortuna europea de Quevedo permite a Alonso Veloso precisar que, pese a ser mayoritario, no solamente se dio un interés por los textos burlescos, sino que las obras morales y políticas gozaron de una recepción «aparentemente más restringida y exclusiva» (86), que se movían en el mundo de la corte y los tejemanejes políticos. En este sentido, la mirada a la acogida de Inglaterra revela una preferencia por el Quevedo político, el intento de acercamiento a la realidad política coetánea desde el título, los retoques para amoldar los textos a un contexto protestante y a una monarquía parlamentaria, el uso polémico de estas traducciones en las guerras de papel de la época y el trabajo directo sobre ediciones españolas, sin echar mano de la habitual mediación francesa. De hecho, en el siglo XVIII inglés se aprecia un notable afán de divulgación del pensamiento político quevediano, que se realiza a través de un «catálogo [...] alternativo» al de otros casos europeos, que se queda con el *Discurso de todos los diablos*, *La Fortuna con seso*, el *Marco Bruto* y la *Política de Dios* (pág. 88). Tanta tela hay que cortar que en esta ocasión Alonso Veloso se limita al estudio de los juicios críticos de los traductores ingleses y los paratextos de las versiones, así que se pueden esperar posteriores asedios.

Con Manuel Ángel Candelas Colodrón se salta a Italia y se adopta una mirada de detalle, centrada en la traducción italiana de *Politica de Dio* en el siglo XVIII. Más

en detalle, esta completa reseña presenta las tres ediciones de la obra (Mantua, Alberto Pazzoni, 1701; Venezia, Alvise Pavino, 1709; y Trento, Giovanni Antonio Brunatti, ¿1709?), que siempre reproducen la versión de Pietro Martire Grossi, aunque la segunda calla su nombre. No solamente se ofrece un valiosísimo acopio de datos de las diferentes entregas, los talleres y otras cuestiones textuales, sino sobre todo una importante labor de reconstrucción de las circunstancias político-culturales que espolean esta pequeña moda editorial, y que se puede explicar como un intento de propaganda de la Casa de Austria en medio de conflictos e intereses de Italia y Europa. Con el foco en los procesos de transmisión cultural y la dinámica de traducciones del siglo XVII, Hanno Ehrlicher aborda la recepción alemana del *Buscón*, que vale como botón de muestra del «arte nuevo de hacer traducciones» en la época, puesto que está marcado por el gusto del público y presenta una «monstruosa» variedad de formas, que van de la traducción *stricto sensu*, las reelaboraciones y las adaptaciones culturales libres. Tras repasar la entrada en Alemania de la novela picaresca, el examen de las andanzas alemanas del *Buscón* y de los *Sueños* muestra una fuerte dependencia de las precedentes versiones francesas y los esfuerzos de apropiación cultural mediante guiños a la realidad sociopolítica, que borran en cierto sentido las fronteras autoriales.

De la mano de Sònia Boadas Cabarrocas se vuelve a Italia para asediar una pieza más de la compleja transmisión textual de las *Locuras de Europa* de Saavedra Fajardo, que, si en un primer momento fueron animadas por el propio ingenio, acabaron por escaparse de su control. De hecho, lejos de viajar hacia el norte como pretendía, la obra fue bien recibida en el sur, merced a una temprana traducción italiana (*Le pazzie de prencipi d'Europa*). En este contexto se sitúa *Le pazzie d'Italia*, manuscrito anónimo que pretende ser una secuela del diálogo de Saavedra Fajardo centrado en el caso italiano y especialmente atento a la situación de Nápoles tras la revuelta de 1647. Si Quevedo parecía haberse perdido, Boadas Cabarrocas aprovecha un guiño a Rabelais para poner en diálogo estas «locuras italianas» con otros dardos de papel de Quevedo y compañía, dentro de la tensa situación italiana en el siglo XVII.

Pocos casos más enrevesados de transmisión textual hay que *La Perinola* de Quevedo y nadie más adecuado que Fernando Plata para seguir el hilo de Ariadna de un laberinto que cuenta hasta el momento con 68 manuscritos fruto de la «difusión descontrolada» del libelo (pág. 165). Esta nueva entrega «perinolesca» de Plata es un verdadero ejemplo modélico de trabajo ecdótico, que se mueve con soltura de la historia externa a la interna para resolver varias incógnitas: de entrada, se precisa

la fecha y las circunstancias de composición (1632, escritura a la carrera), al tiempo que la anonimidad se convierte en pista para los testimonios más tempranos. Igualmente, la constante actitud de silencio de Quevedo ante *La Perinola* en medio de la tormentosa polémica desatada que apuntan —como la redacción a uña de caballo— a una falta de labor de revisión autorial, que resulta fundamental para valorar las variantes de los distintos testigos, que en ocasiones presentan adiciones de mano ajena. Luego de limpiar el panorama de polvo y paja, la alianza entre ecdótica y hermenéutica de un par de casos de *lectio difficilior* («Conestaggio» vs. «contagio» y «oraciones de Alceo» vs. variantes de todo pelo) permite escoger dos manuscritos como texto base para una próxima edición crítica que se promete estupenda.

Sigue un estupendo estudio de José Manuel Rico García, que vuelve sobre la *Casa de locos de amor* con nuevos documentos que permiten precisar la transmisión y la atribución de este textito otrora adjudicado a Quevedo. Luego de repasar la vida de la obra, que se presenta por primera vez en los *Desvelos soñolientos y verdades soñadas* (1627) y ronda la sospecha de la posible intervención de Lorenzo van der Hammen, Rico García discute ciertas ideas barajadas por la crítica con buen criterio: así, se pone sobre la mesa la incógnita sobre cómo pudo llegar el manuscrito de la pieza a manos de van der Hammen, así como el poco sentido que tiene la intervención de Quevedo en una edición que contaba con un texto ajeno, había descartado dos sueños y cambiado el orden de la disposición (pág. 187). No obstante, la paternidad quevediana de la *Casa de locos* siguió un tanto en el aire pese a la aparición de su verdadero padre, Antonio Ortiz de Melgarejo. Pero esta historia toca a su fin, porque Rico García aporta la prueba final para remachar la autoría de Ortiz de Melgarejo, ya que aparece a su nombre en el *Libro de los varios tratados de graciosidad y erudición de diferentes autores* (Mss/RA-158 de la Biblioteca Universitaria de Sevilla), y además aporta un nuevo testimonio (BNE, Mss/18324) que invitan a replantearse una edición crítica de la obra. Por si fuera poco, se acaba con un adelanto de datos sobre Ortiz de Melgarejo de una búsqueda todavía *in fieri* que promete nuevas entregas: que así sea.

Para rematar la jugada, Mercedes Sánchez Sánchez vuelve una vez sobre el epistolario de Quevedo, que constituye un desafío de los buenos tanto por el establecimiento del corpus como por la dispersión de los textos, que andan perdidos por los mundos del Señor. Para facilitar la empresa, dentro de la variedad de textos considerados como epístolas (billetes, dedicatorias, memoriales, etc.), primeramente se delimita la mirada a las cartas familiares, que se definen con «las que, por su contenido y argumento ponen de manifiesto una relación personal del emisor

con el receptor, amistosa o profesional, con un destinatario único, privado, con tramas y formas impuestas por la familiaridad» (pág. 208). Dentro de los grupos posibles ordenados por destinatarios, este trabajo se centra en la reconstrucción de las cartas al duque de Osuna, que constituyen la correspondencia familiar más temprana de Quevedo. En concreto, se cuenta la minuciosa labor detectivesca para dar con la carta autógrafa escrita al duque (25 de febrero de 1621) de la que daba noticia Fernández-Guerra y que, tras varias peripecias, ha aparecido en la Biblioteca de la Real Academia Española. Todo un broche de oro.

En suma, y pese a que Quevedo apenas se movió un poco por Francia y especialmente por Italia, Europa es su territorio intelectual y textual natural, con el que entabla un rico diálogo que está detrás de sus ideas y sus obras. Lejos de antiguos cantos de sirena sobre la originalidad como valor fundamental, estos trabajos defienden el contexto como marco esencial para comprender cabalmente ideas y textos. Y no es todo, por suerte: el proyecto quevediano-europeo sigue en marcha y solo queda esperar nuevas entregas de tantos quilates (o más), empezando por el volumen resultante del segundo encuentro dedicado al Quevedo europeo. Por eso, se puede decir con Cervantes que merece «se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir» (*Quijote*, II, 44).